

“Intimidaciones de una pared”

.....
Maria Paula Durán

Intimidades de una pared

Intimidaciones de una pared

Trabajo de grado presentado por:
María Paula Durán Rubiano
Bogotá, Colombia 2013

Asesorada por:
Ana María Lozano

(Voy a extrañar nuestras conversaciones y desyunos)

Contenido

<i>Desde el borde de este cielo.....</i>	<i>13</i>
<i>Instrucciones para construir una casa.....</i>	<i>19</i>
<i>De la frontera hacia adentro.....</i>	<i>29</i>
<i>El cuerpo también es un lugar.....</i>	<i>43</i>
<i>La cámara, la casa, la abuela y yo.....</i>	<i>55</i>
<i>Bibliografía.....</i>	<i>69</i>

*Abuela,
prometo leerte esto cuantas veces me lo pidas
y recordarte cuando ya no lo recuerdes, que esta es tu historia.*

Desde el borde de este cielo



Una mañana caminando por el barrio de mi abuela me encontré con una casa de aspecto particular. Decidí tomarle una fotografía y luego viéndola me detuve a pensar por qué esta casa tenía dos puertas flotantes en el segundo y el tercer piso, ¿Qué sentido tenían estas puertas que al abrirse conducían a ningún lugar?

Le mostré la foto a mi abuela, quien sabe sobre autoconstrucción, y me respondió que seguramente el que hizo esa casa dejó muy pequeñas las entradas laterales del primer piso y que por ahí no cabían cosas del trasteo como la nevera o los muebles, y que, después de terminada la casa, sale más barato y menos peligroso hacer una puerta en la fachada, subir el trasteo con cuerdas y luego sellarla, en vez de tumbar las paredes interiores y volver a construirlas para que quepa el trasteo. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que significaba lo que estaba viendo y así comencé lo que es hoy este proyecto.

Estar en la periferia de cualquier ciudad, en este caso de Bogotá, involucra un límite muchas veces excluyente. Llegar a donde la abuela me implica casi dos horas de viaje en transmilenio, pues debo ir hasta el portal de Usme, tomar el alimentador “Alfonso López” y luego bajarme en la última parada,

caminar algunas cuadras y por fin llegar a su casa. Cuando iba de vez en cuando, estas horas de viaje eran extrañamente placenteras, pero cuando las visitas se hicieron más frecuentes, fui consciente de un término medio e inconcluso en el que se encuentran barrios como este, no son campo y aunque supuestamente son ciudad, están casi que aislados en la lejanía de su ubicación y de sus condiciones.

A pesar de la distancia, yo sentía que valía la pena ir a explorar el barrio, pues con cada visita comenzaba a descubrir realidades nuevas. Allí cada casa era un mundo, cada fachada era diferente, sus formas, estilos y colores dependían de quien las habitaba y de sus condiciones económicas y físicas para construir. Estar en este barrio era enfrentarme a otra manera de comprender el espacio, requería de mí asimilar lo que veía con una lógica distinta a la que yo estaba acostumbrada.

Comencé a descubrir muchas otras cosas, al hablar con los vecinos de la abuela, al observar a la gente caminar por la “calle principal” del barrio, veía que esa ciudad comenzaba a mutar en campo, por ejemplo, mercados de calle, gallinas caminando en las fachadas de las casas y abuelos sentados en las puertas de su casa con sombrero y ruana. Cuando veía a estas personas mi imaginación no me daba tiempo suficiente de analizar lo que veía, cuando ya estaba suponiendo las razones por las cuales la mayoría de ellos habían terminado, construyendo sus propias casas en el borde de la ciudad.

Entonces, comencé a interesarme cada vez más por el espacio y por cómo la fotografía me ayudaba a evidenciar esa multiplicidad de lugares. En muchos momentos sentía que lo mejor era timbrar en alguna casa y comenzar a preguntar para encontrar respuestas sobre lo que veía, pero por otro lado, también sentía gusto por darle a mi imaginación la libertad de crear historias a partir de esas fachadas.

Hasta ese momento parecía que mi proyecto iba a encontrar su raíz en aquel barrio, pero antes de eso había algo en lo que tenía que pensar, y era el hecho de que a causa de que mi abuela viviera en Usme, yo había tenido contacto con el barrio y de lo contrario seguramente que no lo habría conocido. Así que inevitablemente tenía que preguntarle a ella las razones particulares de su llegada a aquel lugar. ¿Por qué este lugar y no otro? ¿Por qué hacer su propia casa? ¿Por qué era la única de todos nosotros que había elegido esta opción? ¿Por qué mis tíos no la visitan, sino que ella es la que nos visita a todos? ¿Por qué vivir “tan lejos”?

Fue así como tras días enteros de conversaciones con ella, descubrí toda su historia, pasé de interesarme en el barrio, a interesarme por el espacio y la realidad de Doña Bárbara. Porque finalmente me di cuenta que mi proyecto no me obligaba a escoger entre el barrio o la abuela, sino al contrario, a entender cómo desde la singularidad de su historia podía hablar de otras múltiples realidades.

Y desde ese momento la abuela se convirtió en mi fuente de conocimiento principal. Decidí enfrentar ese temor de hablar de una realidad que no era la de un ser abstracto o desconocido, sino la de alguien que hacía y hace parte de mi vida. Eso significó para mí enfrentar algo, que por otro lado, implicaba confrontarme a mí misma y confrontar a mi familia en relación con aspectos de nuestra historia particular que se habían “olvidado” por el dolor que traían consigo, era comenzar a tocar algunos límites.

*Mi abuela cree en otras vidas,
dice que estamos destinados a conocer a las mismas
personas en cada una de ellas
y que por eso lo más sensato es perdonar y ser
perdonados en esta.*

Instrucciones para construir una casa

Tenga en cuenta que el éxito de toda construcción, está en la base.



Esta de aquí es mi abuela y en sus brazos está mi mamá, quien años después odiaría los gatos. La casa en donde fue tomada la fotografía, hoy sería herencia familiar si no fuera porque la abuela cansada de su matrimonio, después de veinte años, decidiera dejar a mi abuelo y con él a sus hijos: tres hombres y una mujer, que se acercaba a la adolescencia. Nada parecía funcionar, ¿El abuelo aprendiendo a cocinar y lavar ropa a sus casi cincuenta y cinco años? Bueno, pues así fue. Desde que se casaron, cuando la abuela tenía diecisiete y él treinta y cinco, ella siempre se había encargado de todo lo relacionado con los niños y con la casa, pero ahora le tocaba a “Don Luis” intentar que sus dos hijos universitarios, su “princesa” y su niño más pequeño de casi ocho años, salieran adelante. O por lo menos que no se pusieran medias sucias para ir a estudiar.

Dentro de lo caótico que pudo haber sido todo esto, mis dos tíos mayores no tardaron mucho en irse, los dos al poco tiempo y casi consecutivamente salieron de su casa materna, ahora paterna, para vivir en carne propia sus respectivos matrimonios. Mi mamá, vivió con el abuelo desde ese día, hasta el día en que murió a sus casi noventa y nueve años. Mi tío Javier, el menor de todos, se iría a vivir con la

abuela años después. La casa por su parte fue vendida a causa de la separación, así, cada uno tomó su dinero y el abuelo arrendó un modesto apartamento para vivir con sus dos pequeños niños. Cada uno de ellos a su modo intentaba rehacer su vida.

Por su parte la abuela resuelta a comenzar sola, intentaría “hallarse” de nuevo. Doña Bárbara estaba decidida a encontrar un trabajo, nuevas metas, nuevos amigos y un lugar para vivir. Tuvo todo tipo de trabajos y oficios, desde atender panaderías hasta coser ropa y vender esmeraldas. Vivió en arriendo, donde algunas amigas y conocidos, y cambiaba constantemente de casa así como de trabajo. Todo esto sucedía mientras permanecía alejada de sus hijos a quienes llamaba de vez en cuando. De esta manera la abuela ahorró dinero a lo largo de ocho años, hasta lograr reunir lo suficiente para comprar el terreno donde construiría su casa. Y luego, a sus cuarenta y dos años encontró por fin un espacio donde pudo sentirse tranquila, un sitio al que podría llamar sin miedo a equivocarse: “mi casa”. Claro que le faltaba todo, no había techo ni suelo aún, pero por lo menos sí había pasto y maleza propia para comenzar a cortar.

Para este momento ya eran los setenta y la concepción general que se tenía de la mujer en Colombia había cambiado. Desde 1967 las mujeres tenían cédula y podían participar en votaciones, ocupaban cargos públicos y se comenzaban a usar métodos anticonceptivos, pero las expectativas que se tenía de la mujer frente a la familia no habían cambiado y mi abuela seguía muy “mal parada” en lo que para su tiempo representaba el rol de madre

y esposa, en una sociedad acostumbrada a que los hombres fueran quienes quebrantaran la estructura familiar. Mi tío mayor se tardó en volverle a hablar aproximadamente quince años, y con mis otros tíos y mi mamá pasaron más de seis años antes de que volvieran a tener una relación medianamente afectuosa. En aquel momento todo parecía indicar que la abuela tendría que levantar los ladrillos de su casa sola, pero dos años antes de comprar el terreno, había conocido a Ricardo, un hombre que trabajó con ella cuando fue mesera y quien luego se convertiría en su pareja.

La abuela consiguió el terreno en la localidad de Usme al sur de Bogotá, pues allí la tierra era muy barata y podía comprarla sin tener que endeudarse. Y por supuesto tenía la posibilidad de construir su casa ella misma, pues aunque tenía plata para el terreno, no podía pagar un ingeniero o un arquitecto que diseñara y llevara a cabo su proyecto. Como era de esperarse construcciones de este tipo sin apoyo de profesionales en el tema, eran ilegales, pero en Usme esto era y es posible.

Según la información de la Alcaldía de Bogotá, esta localidad donde convergen lo rural con lo urbano, con casas de interés social, con barrios de invasión y con cinturones de miseria, cuenta hasta el día de hoy con el mayor número de población campesina de la ciudad. Usme es una localidad que se anexó a Bogotá, gracias a personas que en su lucha por pertenecer a la ciudad, autoconstruyeron a sus afueras. Las causas que llevaron a estos “inmigrantes” a ocupar estos espacios eran diferentes pero finalmente significaba lo mismo para

todos: “era la búsqueda mítica del *axis mundi*, de un lugar para quedarse, de algo a lo que aferrarse”¹

En este punto mi mamá ya estaba terminando el bachillerato y su graduación de colegio fue el momento en el que el abuelo y la abuela se tuvieron que volver a reunir, aunque cabe resaltar, y como lo demuestra la foto, sin mucho éxito.

Para esa misma época mi tío Javier había aceptado la propuesta de algunos amigos y se había ido con ellos a trabajar a Puerto Leguizamó y apenas cumplió los dieciocho años se presentó a la armada para trabajar. Pero por su actitud poco dispuesta a recibir órdenes, no duró mucho y al volver a Bogotá decidió vivir con su mamá mientras encontraba de nuevo trabajo y un lugar propio.

Por su parte, la abuela, en este momento ya tenía compuesta su casa de dos habitaciones, un baño y una cocina. Eso sí, trabajando día y noche, y aunque Ricardo le ayudaba cuando podía casi ni se veían, pues el afán de tener la casa hecha la llevó a buscar dos o a veces tres trabajos para lograrlo, pues así no



¹ LIPPARD Lucy, “Modos de hacer: Arte crítico, esfera pública y acción directa”, Ediciones Universidad de Salamanca, 2001. Pg. 57

contratara arquitecto y aunque quisiera construir por sí misma, necesitaba pagarle a un albañil y comprar los materiales necesarios para hacerla. Cuando mi tío Javier llegó a vivir con ella, consiguió trabajo y pidió un préstamo con el que terminaron el primer piso. Además, para ese entonces que eran ya casi los años ochenta, la preocupación del gobierno hacia estos barrios permitió que se desarrollaran iniciativas de ayuda, lo cual agilizó el proceso de construcción de la casa.

Uno de esos proyectos del gobierno para el mejoramiento de la urbanización no planificada, fue enviar a ingenieros y arquitectos a que dirigieran los procesos de construcción de barrios como el de la abuela, buscando darle una dignificación a estas casas y supervisando que se cumpliera con las necesidades mínimas de seguridad y bienestar para vivir. Y aquí es donde mi tío, acogiéndose a la iniciativa aprendió lo necesario para ayudar a hacer la casa de la abuela con sus propias manos, pues era claro que estos proyectos dependían enteramente del trabajo colaborativo de quienes habitaban estos barrios.

Ahora tenían sala, comedor y patio. En el segundo piso una terraza y en la parte frontal un pequeño jardín con albahaca, orégano, sábila y piel de sapo, además de la tarea de ahuyentar los caracoles que según la abuela tenían plagado su jardín. Ricardo se había ido a vivir con ellos y mi tío interesado por seguir aprendiendo técnicas de construcción comenzó a trabajar con maestros de obra e ingenieros para perfeccionar lo que había aprendido, mejorando así la calidad y la forma de la casa.

Entre más gruesa la pared, menos se escucha a los de al lado.

Al poco tiempo de haber terminado el primer piso de la casa Ricardo murió, y mi abuela y mi tío Javier tuvieron que acostumbrarse a vivir sin él. Además del dolor por su pérdida, mi abuela enfrentaría otra realidad: los hijos del primer matrimonio de Ricardo querían la mitad de todo lo que a él le correspondía, y eso incluía la casa que la abuela había construido.

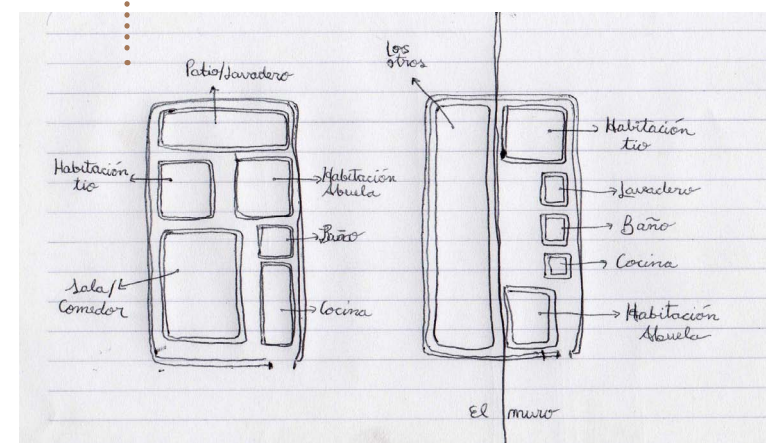
Doña Bárbara con la idea de que Ricardo al ser más joven que ella moriría después, había puesto la casa a su nombre. Así que los hijos de éste tenían el derecho a reclamarla como suya. Después de muchas discusiones, conversaciones y peleas en el juzgado, la abuela logró quedarse con la mitad de la casa, y negándose a venderla para repartir el dinero, decidió dividirla.

Y cuando hablo de dividirla, me refiero a que ella le hizo a la casa un corte longitudinal. La abuela de la mano con mi tío construyeron un muro verticalmente por toda la mitad de la casa, de manera tal que el lote quedará dividido exactamente por la mitad, algo que solo puedo imaginarme en una animación o en una de las fotografías de las casas que el artista Gordon Matta Clark cortaba.



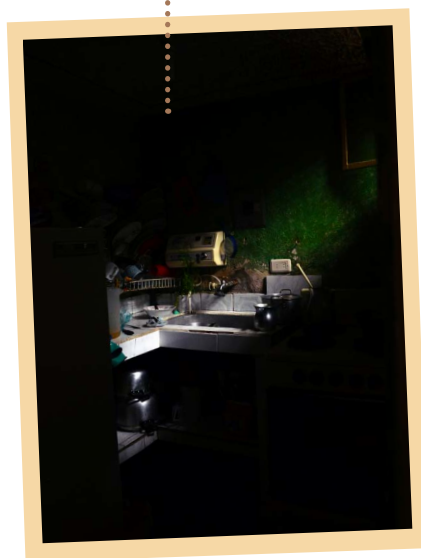
Un muro que se opuso a la lógica misma de la casa y que dejó como resultado, un espacio estrecho que los obligó no solo a redistribuir el espacio de manera “anormal” (en relación a los lineamientos de la arquitectura moderna) sino a tener que luchar por la luz y la espacialidad. Una pared hecha con resignación que hizo que la casa se quedara sin sala y sin comedor, y que la convirtió en algo así como un búnker, un lugar oscuro, largo y delgado.

Aunque casi vencidos por el acontecimiento, mi tío logró reconstruir la casa de tal modo que al menos durmieran separados. El patio de atrás pasó a ser su cuarto, el de la abuela se dividió en dos para conformar un lavadero y un baño; disminuyó en gran medida el tamaño de la cocina y finalmente en lo que era parte de la sala y el comedor hizo el cuarto de la abuela. Eso sí, no se pudo hacer mucho con la iluminación pues solo quedaron entradas de luz a los extremos frontales y traseros de la casa, así que la solución fue poner claraboyas en la cocina, en el baño y en el lavadero.



Y aunque esta transformación puede resumirse en un párrafo, reconstruir la casa les demoró de nuevo años de trabajo y esfuerzo que según ellos aún no acaban, pues a pesar de haber logrado construir tres pisos, hasta el día de hoy mi tío y la abuela dicen que la casa no está terminada, en especial, porque la abuela todavía se queja del tamaño de la cocina.

Cuando yo era pequeña muchas veces me quedé a dormir allí, ya para entonces eran los noventa y ellos seguían reconstruyendo la casa. Para mí era realmente mágica, perfecta para jugar a esconderse en los pequeños espacios oscuros que tenía y para recorrerla de un lado a otro mientras la abuela cocinaba. El techo siempre fue la mejor parte porque se podía subir, me sentía libre en ese espacio sin bordes ni límites, claro que siempre me dio miedo acercarme mucho a la orilla, además de que la abuela me lo tenía rotundamente prohibido. A pesar de las ganas de querer jugar allá arriba por mi cuenta, no podía y pasaba la mayoría del tiempo solo asomando la mitad del cuerpo por la “claraboya-puerta” mirando como el perro de la casa del frente le ladraba a la gente desde el techo, de esa manera yo me distraía y la abuela aseguraba de que yo me mantuviera viva.



*“Y me tocó partir la casa como quien
parte un pastel”
La abuela.*

De la frontera hacia adentro

Todo comenzó con ese muro, un elemento hecho de ladrillos que se convertiría en el primer síntoma de que la historia de doña Bárbara no era una historia típica y tónica. Pues que mi abuela tuviera un muro por toda la mitad de su casa, como quien quiere tener su propio Muro de Berlín, no estaba dentro de lo que esperaba escuchar cuando comenzamos a hablar de su pasado, sentadas en la terraza.

Cuando pensé en lo que podía significar ese muro, la primera palabra que vino a mi mente fue *frontera*, la separación de su espacio tanto física como simbólicamente. Este muro fue un corte, una división que marcaría desde aquel momento en adelante la manera de habitar de mi abuela y que la llevaría a aprender con el tiempo a convivir con ese nuevo integrante de la casa, esa pared que eventualmente pintó de verde manzana.

Según el Diccionario de la lengua española, una frontera es la “línea divisora entre dos Estados” y/o la “línea que separa dos cosas o que marca una extensión”¹.

¹ REAL academia española, “Diccionario de la lengua española (Ed.22)”, ESPASA LIBROS. S.A, Madrid 2001; PG 230.

Las fronteras abundan por todos los lugares, simbólicas o físicas; las que han dividido pequeñas comunidades o las que han llegado a dividir países enteros. Entre esas tantas hay algunas que han sido marcadas por una pared: el Muro de Berlín, la alambrada entre Melilla a Ceuta, el muro en Palestina o la frontera entre México y Estados Unidos.

Separándose y encerrándose, las personas se protegen...Del otro lado del muro, se rechaza a aquel al que ya no se quiere ver: lo desconocido, lo incomprendido, peligroso, miserable, sospechoso. En ese sentido el muro marca asimetría, materializa una diferencia y un desequilibrio que resultan de una separación deseada y sufrida a la vez.²

El muro es entonces el que permite comprender que hay otro, que del otro lado hay alguien que nos afecta y nos limita y que esa asimetría producida repercute en las personas que la viven de forma física y emocional.

Las implicaciones de lo que significa un muro en aquellos contextos son desde luego muy complejas, y por eso mismo creí necesario pasar del muro de la abuela a las grandes fronteras para lograr dimensionar esa complejidad de una forma más amplia, y luego poder volver a pensar en la pared de Doña Bárbara de una manera mucho más precisa y reflexiva. Por eso también quise explorar desde la visión de algunos artistas su trabajo en relación con la problemática de las fronteras.

² NOVOSSELOFF Alexandra, "Muros entre hombres", Red Alma Mater Editorial, Bogotá 2011. PG 27.

Uno de ellos es el artista Antoni Muntadas quien en su obra *On translation: Fear/Miedo* (2005), hace un collage en el que reúne entrevistas de habitantes de la zona de frontera entre México y Estados Unidos e imágenes y fragmentos de películas de terror como *Psicosis*, en un video de 40 minutos en el que muestra la sensación de sobresalto que invade a los habitantes fronterizos, haciendo evidente un sentimiento común que está presente en los dos lados de la frontera: El miedo, y cuestionándose sobre cuáles son los mecanismos políticos, lingüísticos y psicológicos a partir de los cuales se expande el miedo en ciertos contextos sociales.

Por otro lado está *La nube/Cloud* (2000) del artista Alfredo Jaar. Su obra consistió en crear una nube con más de mil globos inflados con helio envueltos en una delicada red de hilo, cada uno de ellos marcado con el nombre de una persona que, en su intento por cruzar la frontera entre México y Estados Unidos, había muerto. Llevó los globos al Valle del Matador entre Tijuana y San Diego y abrió la red para que los globos flotaran de un país a otro en medio de una pequeña celebración.



En visitas repetidas al área y en numerosas entrevistas y discusiones con activistas que trabajaban a ambos lados de la frontera, descubrí una situación intolerable y una tragedia inaceptable: la gente del siglo XXI todavía muere simplemente tratando de cruzar una frontera entre dos países. Creé La Nube como un monumento efímero en memoria de los que perdieron sus vidas tratando de cruzar la frontera.³

Estos artistas, cada uno a su manera, buscaron trabajar con los resultados que dejaron las fronteras desde lo intangible demostrando cómo no se puede dar cuenta de la existencia de una frontera física, si se deja de lado la carga simbólica que viene con ella. Y aunque en estos dos casos la relación con la frontera es de miedo y de dolor por la pérdida de seres queridos, no se puede negar que hay otro lado, otra mirada donde la frontera no solo crea fricciones sino que también permite conexiones, abriendo la posibilidad de plantear nuevos caminos para entenderla.

En esa búsqueda de otras posibilidades, la antropóloga Nadia Seremetakis explica basándose en sus investigaciones con personas que viven o han vivido el antes y el después de la creación de una frontera, cómo además de un sentimiento de pérdida, también existe otro sentimiento que busca recuperarse de aquella división, un sentimiento que deja de lado lo nostálgico para asimilar una nueva forma de vida después de la creación de un muro:

³ SALAS Juan, "Ibérica de Nubes" (Recurso Digital) Publicado el 6 de abril de 2012. Disponible en: <http://ibericadenubes.blogspot.com/2013/04/nube-de-alfredo-jaar.html>

Las biografías de fronteras no son tanto el producto de los fragmentos que dejan quienes sobreviven a su paso, sino del esfuerzo por recogerlos, retomarlos y rearmarlos. Ellos no conciben su propia existencia marginal, sino que han hecho de la posibilidad siempre latente de reconectar que permiten las fronteras, la lógica misma de sus vidas.⁴

En esa medida yo también pienso la casa de la abuela y también quiero alejarme de esa mirada que, resignada, solamente añora el pasado.

Otro ejemplo de reconexión es el trabajo de la escritora mexicana Gloria Anzaldúa, quien ha decidido pararse metafórica y casi que físicamente en la frontera para escribir. En ese camino ha encontrado en el lenguaje la forma de configurar una tercera cultura que no es ni la mexicana, ni la estadounidense, sino la de los "mestizos" quienes al estar en el límite han marcado la singularidad de su cotidianidad con el lenguaje mismo.

Chicano Spanish is a border tongue which developed naturally. Change, evolución, enriquecimiento de palabras nuevas por invención o adopción have created variants of Chicano Spanish, un nuevo lenguaje. Un lenguaje que corresponde a un modo de vivir. Chicano Spanish is not incorrect, it is a living language. (p. 77)⁵

⁴ JARAMILLO Pablo, "Conectar, reconectar y vivir la frontera" (Recurso digital) Publicado en 2013. Disponible en: <http://letrada.co/n19/articulo/versiones-capitales/72/conectar-reconectar-y-vivir-en-la-frontera>
⁵ ANZALDÚA, Gloria, "Borderlands/La Frontera. The New Mestiza", Aunt Lute Books, San Francisco 1999. Pg. 77

Gracias a los ejemplos anteriores es fácil darse cuenta cómo a pesar de que las fronteras tienen diferentes niveles de impacto, todas han modificado y han creado nuevas relaciones entre el espacio y los seres humanos. Así como la historia de la abuela comienza a proporcionarme herramientas para entender esta situación. Fue necesario viajar del Muro de Berlín hasta el muro de la casa de doña Bárbara para darme cuenta de lo universal que puede ser su historia y para entender que mi intención por trabajar en lo que ha sucedido después del muro, se aleja de querer “romperme la cabeza” pensando en lo injusto que fue su creación. Al contrario, un interés por entender cuáles han sido esas nuevas relaciones que mi abuela ha desarrollado con su espacio.

Para doña Bárbara, el muro de su casa también pudo tener el mismo significado que para muchas otras personas que han vivido la fragmentación de su espacio, pero por otro lado está lo que mi abuela ha construido *después* de esa división y como su casa ha tomado cada vez y con más fuerza un carácter propio. Por eso quisiera de ahora en adelante pensar la frontera *“no como aquello en lo que termina algo, sino aquello a partir de donde algo comienza a ser lo que es (comienza su esencia).”*⁶

La pregunta que entonces surgió en mí fue: ¿Qué ha sucedido desde la frontera de la casa de la abuela hacia adentro?

6 HEIDEGGER, Martin, “Construir, Habitar, Pensar”, pronunciada en 1951 y publicada tres años más tarde. Pg. 7

Para responderla, lo primero que tenía que entender era la noción de lugar y encontré con una que desde la antropología me ayudó a aclarar muchas de las sospechas y premisas que yo había construido. *“El lugar es un espacio fuertemente simbolizado, es decir, que es un espacio en el cual podemos leer en parte o en su totalidad la identidad de los que lo ocupan, las relaciones que mantienen y la historia que comparten.”*⁷

Apoyándome en este concepto, en mi experiencia personal y en lo que he reconstruido con esta historia, siento que esa casa es definitivamente un símbolo de identidad, es el lugar que con propiedad la abuela puede llamar “hogar” porque allí está condensado todo por lo que ella ha luchado, independientemente de si eso encaja o no con lo que nos enseñaron que debería ser una casa, con la delimitación de sus partes o con el uso “adecuado” o por lo menos arquitectónicamente adecuado, de sus espacios.

Incluso, explica el investigador Marc Augé que las poblaciones nómadas conservan también una concepción de hogar, solo que en su caso la relación es mucho más compleja con el espacio. Por ejemplo, su desplazamiento está marcado por paradas determinadas en los lugares que visitan, las carpas en las que viven suelen tener una organización específica y dependiendo de los lugares en los que

7 AUGÉ Marc, “Sobremodernidad: Del mundo de hoy al mundo de mañana” PG 9 (Recurso Digital) Disponible en: http://soldemayo.es/libros/ApX_Autor_A/Auge,%20Marc%20-%20Sobremodernidad.%20Del%20mundo%20de%20hoy%20al%20mundo%20de%20ma%C3%B1ana.pdf

se encuentran realizan cierto tipo de prácticas sociales y/o espirituales, otorgándole todo un sentido especial a cada sitio, aun cuando no lo habiten permanentemente.

Todo espacio realmente habitado contiene la esencia del concepto de hogar, porque allí se unen la memoria y la imaginación, para intensificarse mutuamente. En el terreno de los valores forman una comunidad de memoria e imagen, de tal modo que la casa no sólo se experimenta a diario, al hilvanar una narración o al contar nuestra propia historia, sino que, a través de los sueños, los lugares que habitamos impregnan y conservan los tesoros del pasado. Así pues la casa representa una de las principales formas de integración de los pensamientos, los recuerdos y los sueños de la humanidad.⁸

Después de leer este fragmento, lo primero que se me vino a la cabeza fue el muro de la habitación de la abuela, una pared con fotografías de toda la familia, con recibos de los servicios públicos que faltan por pagar, con recordatorios de citas médicas, con diplomas de sus múltiples cursos, con muñecos de “foamy” que ha hecho en sus tiempos libres y hasta uno que otro billete didáctico de \$20.000. Esta pared, es la pared de la habitación y de la sala y del comedor y hasta del estudio si se quiere, pero lo realmente significativo, es que yo veo ese muro y la veo a ella representada en esa red de elementos

dispuestos en el muro, que la hacen ser lo que es hoy en día. Aquí, dice ella, pone todo lo importante, esas cosas que me imagino yo son dignas de recordar, representando todo con objetos e imágenes que además adquieren un mayor valor con el pasar del tiempo. Todo sobre ese muro que ella misma levantó.



⁸ BACHELARD, Gastón, La poética del espacio, Ed. FCE., Madrid 1993. Pg. 19

De este modo me enfrento a la relación del habitar y del construir, y pienso que “el construir” plantea nuevas perspectivas en historias como la de la abuela, ya que paradójicamente, hay libertad para crear y para experimentar la creación de los espacios: para hacer de la terraza un sótano, una habitación, el lugar para tender la ropa o para guardar lo dañado. Al principio yo creía que lo que hoy llamo “libertad de creación” era sólo una necesidad de comprimir muchos lugares en un único espacio por problemas de distribución, pero luego me di cuenta que aunque en alguna medida sí es así, la abuela ha tomado cada una de las decisiones de la construcción, según lo que necesita y lo que ha considerado es el sueño de una casa. Por ejemplo, ella prefiere una gran terraza que le permita subir al techo, antes que un lugar con mesa, cuatro puestos y salero, para decir que tiene un comedor.

Así pues, esos recuerdos, pensamientos y sueños de los que habla Bachelard, comienzan a adquirir la singularidad del espacio, y entonces, volvemos a pensar en el habitar, Heidegger por ejemplo, escribe: “*Hemos construido en la medida que habitamos, es decir, en cuanto que somos los que habitan.*”⁹ Y habitamos en la medida en que entrelazamos nuestros sueños y esperanzas a través de los ladrillos. Así, aunque la abuela quiera como ya he dicho antes, tener una cocina más grande, en lo que para ella es y ha significado construir, su casa es su sueño materializado.

⁹ HEIDEGGER, Martin, Conferencia “Construir, Habitar, Pensar”, pronunciada en 1951 y publicada tres años más tarde. PG 3.

Atado a la realización de la casa se encuentra todo lo que social, política y económicamente significa la realización de un hogar propio, y aunque pienso que esto es una temática que merece de toda una investigación quiero mencionarla desde la ponencia del artículo *Resistencia y esperanza, fuerzas que fundan un hogar* del investigador Ricardo Toledo, que siento logra de una forma entrañable hablar de la auto-construcción y sus implicaciones, basándose en su propia experiencia de vida, de la construcción de la casa donde creció y la de la casa que él mismo hizo para sus hijos.

De lo primero que me di cuenta con esta ponencia fue que, al enfrentarnos a las opciones que hay para tener una casa, se hace evidente la realidad de un país como Colombia, en donde esas opciones que parecen tantas y tan variadas se van filtrando por la falta de posibilidades, hasta que en algunos casos solo queda como solución la autoconstrucción, muchas veces desde la ilegalidad o desde la precariedad. Este artículo me ayudó a entender la autoconstrucción como una forma de resistirse a las malas condiciones que se ofrecen a las personas para que puedan tener una casa, por lo que cabe aclarar que con esto no quiero llenar de connotaciones negativas el gesto de autoconstruir.

Y de ese modo se hace presente esa “resistencia” a la cual se refiere el título, pues aunque construir con manos propias hace que el peso de la responsabilidad (de la durabilidad y permanencia de la casa), caiga sobre los hombros de sus futuros dueños y habitantes, opino que es mejor afrontarla a tener que aceptar vivir en espacios “de un metro

cuadrado” como dice la gente, al referirse a las casas de interés social.

Entre los ejemplos mencionados en la ponencia sobre la construcción de una casa propia, está la historia de doña Cecilia Melo, una mujer que cuenta que, el lugar preferido de su casa, es la primera habitación que construyó junto a su esposo, por ser ésta el inicio del sueño de la casa, hoy ya terminada. En el artículo de Toledo, se comprende el gran valor del proceso mismo de construir, más allá de que la casa se complete o no como estructura, lo importante en este caso es ver cómo cada piso, cada columna, cada pedazo de la construcción que se sale en medio de la cimentación, se convierten en el símbolo de la esperanza de que la casa siga creciendo, y que así se mejoren las condiciones de vida con el tiempo y se vean realizados los sueños de quienes habitan la casa.

Siguiendo el ejemplo de Toledo de preguntar a las personas el lugar preferido de su casa, hice lo mismo con la abuela, a lo cual, ella, sin pensarlo mucho me respondió que el suyo era la terraza, y puedo decir que es su lugar preferido porque es “el lugar de la vida”, el espacio donde hay posibilidades para que las plantas crezcan, donde más luz entra y la puerta al techo. Lo cual me hizo volver a la idea de lo simbólico, pues en estos dos casos el lugar preferido no es el más “lindo”, ni el mejor decorado, sino sencillamente el que más significado tiene por lo que allí se ha vivido.

*Abuela,
Esta es la parte de la historia que me contaste
mientras intentábamos conciliar el sueño,
la noche que no dejaban de ladrar los perros callejeros.*

El cuerpo también es un lugar

Sentada en una esquina por horas, con tan solo ocho años, la abuela lloraba mientras esperaba que su mamá volviera por ella...

Doña Concepción, mi bisabuela, había salido de su casa para dirigirse a Chiquinquirá. Era casi un día de recorrido caminando y ella no estaba muy segura de cómo llegar allí, pero era un viaje que tenía que hacer, pues le habían dicho que su hijo mayor estaba hospitalizado en algún lugar de aquel pueblo, después de haber sido apuñaleado en una pelea de borrachos. Luego de un rato de estar caminando notó que alguien la seguía, y al detenerse para confrontar a quien estaba detrás se dio cuenta que Barbarita, terca, quería irse con ella.

Con lo mucho que faltaba, ya era demasiado tarde para regresar a su hija a casa, así que después de unas cuantas palmadas y regaños, siguieron juntas el camino hasta Chiquinquirá. Al llegar allí, estaban totalmente perdidas y doña Concepción dejó a Barbarita cerca de una plaza, al lado de un almacén, en la esquina de un andén, pidiéndole que no se moviera, ella iría a encontrar a su otro hijo y luego volvería a recogerla.

El almacén de la esquina lo atendía Doña Paulina, una mujer viuda quien al ver a la abuela esperando por tan largo rato, le llevó comida y

salió a preguntarle por las razones de su espera. Al anochecer Barbarita no pudo contener el llanto, cada vez estaba más oscuro y solo, y comenzaba a sentir que su mamá ya no volvería por ella. Así que doña Paulina la invitó a pasar al almacén, pero llegó la hora de cerrar y todavía nadie había ido a buscarla, por lo que doña Paulina dejó un letrero en la puerta del almacén donde explicaba que la niña que habían dejado en esa esquina se había ido con ella a casa, esperando a que al día siguiente, al volver al almacén, la mamá de Barbarita estuviera esperando por ella.

Pero eso nunca sucedió. Seis años pasaron y mi abuela seguía viviendo con doña Paulina, eso sí, con la condición de que hiciera las labores domésticas y aprendiera a tejer para ayudarla a hacer ropa para el almacén. Para la abuela acostumbrarse a ese estilo de vida fue muy difícil, pero ella dice que aquel fue el tiempo en que más fuerza le dio la vida, para todo lo que estaba por venir. Para ese entonces la abuela tenía casi catorce años y la esperanza de encontrar a su familia se había vuelto un tema del pasado, pues aunque siempre se preguntaba por qué su mamá no había vuelto por ella, doña Paulina por lo menos la trataba bien.

Uno día en que ella y Doña Paulina trabajaban, entró a la tienda un hombre con su familia, quien la reconoció, y le dijo que él podía llevarla a la vereda de donde se había perdido, que él conocía a doña Concepción y que ella si la había buscado durante mucho tiempo, por lo que la abuela, sin mucho pensarlo, dejó a doña Paulina dándole

las gracias por todo y prometiéndole que cuando conociera el camino desde casa, vendría a visitarla seguido. Y así emocionada con la idea, emprendió el viaje a la vereda.

Cuando por fin llegaron, el hombre que la había llevado hasta allí golpeó en la puerta, doña Concepción salió a abrirles y después de algunas palabras y un silencio de segundos, las dos se reconocieron. La abuela me dice que la felicidad que ella y su mamá sintieron al verse fue indescriptible, pero esa emoción momentánea se convirtió luego en una necesidad de dar y recibir explicaciones. Doña Concepción había pasado por muchas cosas desde que la abuela se había perdido, la primera y más difícil de contar, que su esposo, el papá de Barbarita, había muerto. Esto había hecho cada vez más difícil la búsqueda, y doña Concepción ahora como cabeza de familia, no tenía mucho tiempo para viajes frecuentes a Chiquinquirá.

Por un momento la abuela pensó que su mamá era viuda, pero al rato de estar conversando llegó otro hombre, Jorge, quien era la nueva pareja de Doña Concepción y el nuevo “Padrastró” de la abuela. A pesar de la extrañeza, al principio no había de qué quejarse, pero al pasar las semanas la actitud de Jorge cuando doña Concepción no estaba, se volvía cada vez más incómoda para mi abuela, se le acercaba, la tocaba, y ella temerosa solo guardaba silencio.

En una ocasión golpeó a la abuela por no callar a sus hermanos y luego, acorralándola en la habitación intentó abusar físicamente de ella. La abuela me

dice que lo único que recuerda es que corrió a la cocina y tomó un cuchillo para defenderse. Ese ya había sido el límite que podía soportar y temiendo que su mamá no le creyera lo sucedido, decidió irse antes que doña Concepción volviera a casa. Se iría de nuevo a Chiquinquirá.

La abuela estaba viviendo algo así como un *Déjà vu*, de nuevo sola, llorando en una esquina, sobre un andén de Chiquinquirá, con la diferencia de que esta vez ya no era una niña, era el momento de que Barbarita, fuera Bárbara.

Lo primero que hizo fue ir donde una de sus amigas para que la dejara dormir en su casa. La abuela no quiso pedirle posada a doña Paulina porque no quería seguir viviendo y trabajando con ella, y porque, apenas pudiera se iría de Chiquinquirá. Trabajó vendiendo ropa en la calle y luego de tener algunos ahorros, convenció a su amiga de irse juntas a alguna ciudad. Se fueron en un camión que llevaba ropa desde aquel pueblo a Bogotá y allí comenzaron de nuevo. La abuela conoció a mí a abuelo y así tuvo el anhelo de volver a comenzar.

Con esta historia pude entender con mayor claridad como se ha ido construyendo mi abuela como mujer, comprender la intimidad de doña Bárbara desde su espacio y darme cuenta de la carga simbólica y afectiva que tiene su casa, gracias a su historia, a su cuerpo y a su condición como mujer.

Tengo que confesar que todo lo que esto abarca ha sido la parte más difícil de concretar en palabras, aquí tengo más preguntas que certezas y la verdad nunca me imaginé que ese interés por el espacio

me llevaría a preguntarme, por cuestiones como el género, el cuerpo, la familia, así como tampoco imaginé que terminaría leyendo a Simone de Beauvoir o a Florence Thomas para dimensionar lo que esta historia significaba.

Para mí, y aunque hoy parezca obvio, fue un descubrimiento darme cuenta que ese pasado, ese proceder de mi abuela, ha repercutido en lo que soy hoy en día, mucho antes de que yo conociera todo lo sucedido. Y sin la intención de juzgar o clasificar las acciones de doña Bárbara, pienso que es por abuelas como ella, que las mujeres de hoy, podemos hablar de libertad con un poco más de confianza. Al narrar el comienzo de su vida, su pérdida, su desarraigo desde muy pequeña, entendí que fue por muchas de esas duras e injustas situaciones, que tuvo el carácter suficiente para tomar la decisión en varios momentos de su vida, de comenzar de nuevo cuando era lastimada, a pesar de los afectos o de los sueños compartidos. Y que hoy, somos yo y muchas otras mujeres quienes vivimos los beneficios de la lucha de cada una de nuestras abuelas, sin haberlas sufrido en carne propia.

En su libro *Conversaciones con violeta*, Florence Thomas escribió algo que me ha ayudado a entender la fuerza que adquiere, en la propia existencia, conocer el pasado inmediato y apropiarse de él para poder re significar nuestra manera de habitar el mundo.

*¿Qué ha pasado con nuestra revolución silenciosa y la generación de nuestras hijas?
¿Por qué se hacen todas o casi todas, las que*

*no quieren saber cómo vivían sus bisabuelas,
cuáles fueron sus luchas, la toma de conciencia
y las rupturas que tuvieron que librar sus
abuelas y madres para que ellas pudieran
recoger y vivir hoy los logros conquistados?
¿Cómo es posible que a pesar de todo, no
busquen explicaciones a ese extraño malestar
que viven aún muchas de ellas en lo cotidiano?
¿Por qué es tan difícil para ellas seguir ese
camino iniciado por sus abuelas, y seguido por
sus madres, tratando de asegurar que no haya
retroceso posible?¹*

El retroceso al que se refiere la autora es esa no realidad, ese no lugar, a los que antes estaba condenada la mujer. Aquel deseo de la mujer, a ser mujer, que tuvo que ser luchado con el cuerpo y con la mente, y que muchas veces dejó abismos irreconciliables entre cada una de ellas, sus amigos, sus amores y sus familias.

¿Qué si lo correcto fue que la abuela dejara a sus hijos y a su esposo para reclamar ese lugar? No lo sé, y seguramente, ella ni siquiera era consciente de que eso era lo que estaba haciendo. Hoy en día lo dice con propiedad, porque ha tenido el tiempo suficiente para mirar hacia atrás y porque juntas hemos tenido largas conversaciones en las que intentamos comprender esos términos tan usados pero a la vez extraños como el feminismo, el habitar y la mujer.

¹ THOMAS, Florence; *Conversaciones con Violeta historia de una revolución inacabada*; Ediciones Alfaguara; Bogotá 2008. Pg 11

Su cuerpo, único testigo de todo lo que ella ha vivido y por los lugares que ha pasado, tiene en cada arruga y cada cicatriz las pruebas de su historia. Un cuerpo que cuando la abuela fue golpeada por primera vez, se enfrentó a verse como receptor de violencia, entendió rápidamente la fragilidad de sus componentes, para, y de forma empírica ir construyendo eso que ya decían feministas como Kate Millet, “Lo personal es político”, “en una sociedad en donde frecuentemente, los problemas que afectan a los varones son problemas sociales y los problemas de las mujeres son efectivamente eso, problemas de mujeres.”² Esta frase desde el feminismo era una invitación a la acción, a la búsqueda por denunciar eso que pasaba dentro de casa y que nunca era comentado o dicho. “Pero eso qué demandas ni qué nada en esa época” dice doña Bárbara cuando le pregunto por el tema. En ese momento su opción fue salir a correr.

La abuela cuenta que después de años de matrimonio se dio cuenta que había cedido en muchas cosas que había ganado, una vez más se enfrentaba a la violencia en su propia casa y luego de soportarlo varias veces y de muchas otras veces responder con golpes, se dio cuenta que no estaba dispuesta a seguir violentando su cuerpo, eso que las feministas llamaron “autoconciencia”, buscando que las mujeres mismas se convirtieran en expertas de su opresión.

² DE MIGUEL ALVAREZ Ana, “Lo personal es político”, Universidad de la Coruña, Madrid, 1996. Pg. 178

“Estaban construyendo teorías, desde la experiencia personal y no desde las ideologías previas.”³

Era el momento indicado, tanto para mi abuela como para muchas otras mujeres del mundo, para que construyeran su historia con voz propia y no que repitieran discursos ajenos de lo que debería ser o no una mujer, para arriesgarse a construir un lugar propio desde el concepto hasta la práctica misma. Era buscar habitar el mundo siendo plenamente dueñas de sí mismas, para luego reinventar sus espacios.

“¿Es cierto que reinventamos espacios y de paso el mundo que deseamos habitar?”⁴

Yo pienso que sí, y lo afirmo porque he conocido varios ejemplos que me han hecho creerlo. Uno de ellos es “La ciudad de las mujeres” en Turbaco, a pocos kilómetros de Cartagena, un lugar donde se han asentado mujeres que han sido víctimas de la violencia en Colombia, de los paramilitares, de la guerrilla o del Estado. Mujeres que con apoyo de distintas organizaciones lograron levantar con sus propias manos un conjunto de noventa y ocho casas para habitar, aprendieron a hacer ladrillos para no depender de nadie más que de ellas para su construcción, e hicieron proyectos de economía solidaria. “Estamos orgullosas de lo que hemos hecho” dice una de ellas, “por el cuerpo de nosotras

3 DE MIGUEL ALVAREZ Ana, “Lo personal es político”, Universidad de la Coruña, Madrid, 1996. Pg. 179

4 SANCHEZ Bernal Monica, “2012 Las mujeres y la conquista del espacio” Pg. 15. En: “En otras palabras...”, Editorial Grupo Mujer sociedad de la universidad Nacional de Colombia. Bogotá D.C, Enero - Diciembre 2012.

pasó toda la guerra y ahora miramos adelante con dignidad.”⁵ Es un espacio donde estas mujeres se sienten cómodas y seguras, un espacio creado pensando en educar a sus hijos e hijas lejos de la violencia que ellas tuvieron que soportar antes de construir aquel refugio.

El tema de “la mujer y su espacio” comienza a hacer parte de las agendas en los congresos de arquitectura y en los procesos de planificación de ciudades. “La reflexión sobre el espacio y las mujeres da cuenta de un proceso dilatado en el tiempo, inclusive de siglos y milenios, lleno de resistencias que va más allá del acto de ocupar un pedazo de tierra aunque también lo sea.”⁶ Así como las mujeres se ganaron el derecho a la educación, a votar, a trabajar, del mismo modo tendrán, o mejor, tendremos que seguir trabajando por crear espacios físicos que cubran nuestras necesidades y que den cuenta de nuestro existir.

Yo no puedo definir ese tipo de relaciones específicas de la mujer con su entorno. Lo que he hecho es intuir a través de la experiencia con mi abuela y de la construcción de su casa, lo que eso podría significar. Igualmente y gracias a estudios como los de Mónica Sánchez Bernal, arquitecta

5 CALLE María Clara, “La ciudad de las mujeres”, (Recurso digital) Publicado el 18 de marzo de 2006, en la Revista SEMANA/Nación. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-ciudad-mujeres/77911-3>

6 SANCHEZ Bernal Mónica, “2012 Las mujeres y la conquista del espacio” Pg. 12. En: “En otras palabras...”, Editorial Grupo Mujer sociedad de la universidad Nacional de Colombia. Bogotá D.C, Enero - Diciembre 2012.

bogotana, he podido conocer experiencias de diferentes lugares del mundo, que apuntan a la búsqueda de esas particularidades desde esferas donde las mujeres se han desarrollado como protagonistas y sujetos activos de su realidad. Un ejemplo, son las activistas de la “Eskalera Karakola” y su casa pública de mujeres, donde no se habla de ocupar, sino de “okupar”, buscando transgredir desde el lenguaje mismo, el sentido de la relación con el espacio. Un segundo ejemplo es el de los “beguinatos”, edificios que durante la Edad Media resguardaron a mujeres amenazadas de ser quemadas en la hoguera y donde hoy siguen viviendo mujeres que han tomado como opción compartir su espacio con otras mujeres para crear comunidades.

Después de observar este pequeño panorama, pienso que es mucho lo que me queda por descubrir, pero siento que la suma de todas las experiencias que he conocido, y de las que me imagino muchos otros conocerán, sobre mujeres que han reclamado su espacio, hace que esto, que hoy son solo premisas y suposiciones, en un futuro se convierta en algo que siga influyendo y mejorando las condiciones de las mujeres, con la convicción para poder decir que fueron nuestras propias abuelas las que ayudaron a conseguirlo.

*Señora Bárbara
tengo que confesarle algo,
odio el banano.*

*La cámara, la casa,
la abuela y yo*

Una de las ocasiones que fui más consciente de mi interés por la relación del espacio con los seres humanos fue mientras estuve viviendo en Estados Unidos. Yo vivía a las afueras de Chicago en un barrio de casas repetidas y equidistantes. Entre mi casa y la ciudad había kilómetros de distancia que diariamente recorría dos veces al día en un carro prestado. A pesar de la aparente monotonía, esos paisajes cotidianos tenían algo que me hacía muchas veces parquear en el borde de la carretera para observarlos una y otra vez. Pero era chocante todo el tiempo viajar por esos lugares para estar en menos de una hora en una de las ciudades más pobladas de los Estados Unidos, rodeada de personas caminando a velocidad de “voy muy tarde” y de edificios tan altos que me hacían jugar a encontrar el sol entre tanta sombra.

Este tipo de contrastes fueron los que me llevaron a crear *A escala*, una serie de fotografías donde mi intención era cambiar de lugar al ser humano, buscar en la naturaleza aquella fuerza y magnitud que nos confronta y nos obliga a asimilarnos como seres frágiles y diminutos, y que nos aleja del control que, damos por hecho, tenemos sobre lo que nos rodea. En mis fotografías buscaba mostrar el poder

absorbente y paralizante de la naturaleza, volviendo la figura humana diminuta y otorgándole al espacio todo el protagonismo.



Considerando lo anterior, comencé a realizar el actual proyecto con una idea muy distinta de lo que son las imágenes que finalmente tengo hoy. Antes me había interesado por el espacio desde su inmensidad, desde la soledad y la distancia de los lugares y sus silencios, y eso mismo era lo que por un momento esperaba lograr.

Entonces comenzó mi “aventura”. Las primeras imágenes que tomé fueron de planos generales de la casa de la abuela buscando seguir la misma línea de mis trabajos anteriores. Pero allí no había la distancia suficiente para componer de esa manera, pues la cámara a pesar de lo lejos que me hiciera siempre estaba muy encima de los objetos. Cuando me alejaba de la ventana, los tiempos de exposición por la falta de luz, se hacían demasiados largos como para mantener la cámara en mi mano. Y poner un trípode era muchas veces peor, pues por la estrechez y los desniveles del suelo terminaba con fotografías torcidas y perspectivas extrañas.

No puedo negar que muchas veces me sentí frustrada, pero con el tiempo entendí que la misma dificultad que implicaba tomar las fotografías de ese lugar, me estaba hablando de su naturaleza, y que si eso era finalmente lo que había hecho que me interesara por él, no podía luchar contra su lógica, y fue ahí cuando comencé a disfrutar de la complejidad que significaba mantener derecha la cámara, o esa falta de distancia para tomar fotografías. Comencé a interesarme también por esas “complejas creaciones”, como yo las llamo, que la abuela ha hecho con el tiempo, para guardar y

amontonar las cosas que rebosan los espacios de su casa, con las formas ingeniosas en las que soluciona problemas de ubicación y la manera en la que arregla lo dañado o lo quebrado. Y de esa misma forma yo también aprendí a crear estrategias para tomar las fotografías.

El proceso de lo que es hoy mi proyecto se dio con el desarrollo mismo de la cotidianidad, pues desde el momento en que decidí que me dedicaría a explorar con mi cámara fotográfica el espacio de doña Bárbara, concluí por igual que tenía que habitarlo. Ir de “turista”, me obligaba a hablar de ese espacio como un lugar ajeno y sentí que de ese modo no podía experimentar la verdadera complejidad de aquel sitio y las conexiones que mi abuela había creado con su casa. Por eso decidí pasar días enteros junto a ella, los cuales me hicieron entender sus rincones, aprender a desplazarme y a transformar mi manera de observar, detenerme y desacelerar mi mirada, para darme el tiempo suficiente para comprender lo que estaba sucediendo a mi alrededor.

La mayoría del tiempo ella está en la cocina, pues si hay algo que disfruta es prepararnos la comida a mi tío y a mí. El tinto de la mañana, luego el desayuno, las onces, el almuerzo... En todos los momentos del día nos da bananos para “pasar el hambre”, cosa de la cual nunca me escapo porque no hay razón que mi abuela entienda para justificar el no querer comerlos. Mientras tanto yo voy de un lugar a otro de la casa con mi cámara, me subo al techo, me salgo por la ventana, tomo fotos desde el

suelo, le desordeno todo el armario, se lo vuelvo a armar. En las noches dormimos en la misma cama, y hablamos hasta que nos quedamos dormidas o hasta que el programa de televisión que estamos viendo se acaba.

Esta fotografía, por ejemplo, la tomé en la madrugada. Eran las cuatro y media de la mañana y yo ya me había despertado varias veces, es difícil acostumbrarse a dormir con un poste de luz pública justo al lado de la ventana, encendido durante toda la noche. La abuela sí estaba durmiendo, y mientras tanto, yo aprovechaba el haz de luz que se filtraba para conseguir esta imagen.



Además del poste de luz, generalmente yo no podía dormir de solo pensar que al moverme como normalmente lo hago iba a despertarla o peor aún, iba a hacerla caer de la cama. Al principio lo más difícil de adecuarme a su espacio fue entender su manera de hacer las cosas e intentar hacerlo de la misma forma para no irrumpir en su tranquilidad; quería que disfrutáramos juntas mi estadía en su casa.

Hay un cuento de Julio Cortázar me hizo pensar en aquella situación:

Andrée, yo no quería venirme a vivir a su departamento de la calle Suipacha. No tanto por los conejitos, más bien porque me duele ingresar



en un orden cerrado, construido ya hasta en las más finas mallas del aire, esas que en su casa preservan la música de la lavanda, el aletear de un cisne con polvos, el juego del violín y la viola en el cuarteto de Rará. Me es amargo entrar en un ámbito donde alguien que vive bellamente lo ha dispuesto todo como una reiteración visible de su alma, aquí los libros (de un lado en español, del otro en francés e inglés), allí los almohadones verdes, en este preciso sitio de la mesita el cenicero de cristal que parece el corte de una pompa de jabón, y siempre un perfume, un sonido, un crecer de plantas, una fotografía del amigo muerto, ritual de bandejas con té y tenacillas de azúcar... Ah, querida Andrée, qué difícil oponerse, aun aceptándolo con entera sumisión del propio ser, al orden minucioso que una mujer instaura en su liviana residencia.¹

En esta otra fotografía, se ve la caja donde la abuela guarda... (no sé muy bien que guarda), pero soy incapaz de tocarla, una caja de cartón desjetada que, pienso, no podría ser de otra manera y que solo ella sabe cómo organizar y qué poner o no en ella. Mi abuela es la única que puede sacar algo del fondo sin romper la caja.

Con la fotografía me dediqué a ver el espacio de forma minuciosa, la cámara como mediadora entre la casa, la abuela y yo, me permitió verlo todo de una forma distinta. La continuidad de los días en ese pequeño espacio me obligó a ser mucho más

¹ CORTAZAR Julio, "Carta a una señorita en Paris", en Bestiario, México: Alfaguara, 1994.

perceptiva con los cambios cotidianos, el jabón que se iba acabando, la luz que poco a poco disminuía la visibilidad o los movimientos y maneras de moverse de mi abuela. Y fueron las continuas fotografías de los mismos lugares, las que me ayudaron a percibir esos cambios. El poder observar el proceso de forma inmediata a través del visor de mi cámara me ayudó a reflexionar sobre las lentas transformaciones, lo que me llevó a reevaluar mi forma de relacionarme con la cámara y con el espacio.

Durante todo este proceso fui descubriendo poco a poco varios artistas cuyo trabajo me ayudó a consolidar mi mirada:

A la primera que observé fue a Francesca Woodman, fotógrafa nacida en Estados Unidos, que tomó el cuerpo y el espacio como componente central de su obra, al retratar mujeres en lugares abandonados, aludiendo a la tristeza y al mismo tiempo al deterioro de los espacios.

Esta imagen llama mi atención particularmente, porque siento que aquí el espacio y el cuerpo conversan. Hay un diálogo de texturas y de líneas que para mí crean un vínculo entre algo tan orgánico como el cuerpo y algo tan rígido como el cemento de la pared. De ella tomé la fragmentación, gracias a sus fotografías decidí que



sería buena idea que mi abuela estuviera presente parcialmente en las imágenes, serían sus manos, sus pies, o ella misma en la lejanía lo que retrataría, pues a pesar de que este trabajo se basa en su historia, lo verdaderamente significativo para mí es que quienes vean esto puedan conectarse con las imágenes que he tomado sin importar si conocen a doña Bárbara.

Además conocí el trabajo de artistas como Zanele Muholi, quien ha “adoptado la fotografía como un impulso, como un acto de militancia que alerta sobre la triple exclusión que soportan lesbianas negras en Sudáfrica, que deben luchar contra el racismo, el sexismo y el patriarcado.”² Pero Muholi advierte sobre la dura realidad de estas mujeres desde el lado que nadie percibe, haciendo evidente en sus fotografías el amor y la intimidad de parejas lesbianas que a pesar de la dificultad, continúan con su lucha.

Gracias a ella, aprendí a mirar más detalladamente lo que sucedía en eso que yo llamaba “tiempos muertos”, es decir, a darme el tiempo para que el espacio y la abuela me revelaran los secretos de su intimidad.

Al estar en contacto con la fotografía es inevitable no pensar en el color y en la luz, componentes definitivamente importantes por cuanto, en mi caso

² MANUAC Sandra “Fragmentos de una nueva historia/ Zanele Muholi”. Publicado en julio de 2008. Disponible en: <http://masasam.com/?q=es/fragmentos-de-una-nueva-historia-zanele-muholi>

por ejemplo, gracias a ellos se pueden sentir los contrastes de cada rincón de la casa, el color de las paredes, el estampado del colchón o el rojo de la baldosa brillada. Y entonces pensé en Philip Lorca di Corcia, un fotógrafo que dedicó gran parte de su trabajo a estudiar detenidamente la luz y los contrastes de color, y aunque la mayoría de sus imágenes son puestas en escena, ver sus trabajos me ayudó a estar mucho más a estos elementos.



Algunos otros casos, como la serie de Pedro Meyer, *Fotografía para recordar*, me ayudaron a comprender como convertir algo tan íntimo como la vida familiar en algo que pueda interesarle a otros.

Las fotos de esta serie siguen la secuencia temporal de las enfermedades de los padres de Pedro y la lógica de la narrativa. Después de que las primeras doce instantáneas preparan la historia, las fotos se suceden mostrando momentos de profunda emoción, pérdida, sufrimiento, dolor y muerte.

En las primeras etapas de las respectivas enfermedades de sus padres, las instantáneas parecen inocentes fotos de familia, que registran fielmente el calor familiar, la melancolía y el miedo a la enfermedad. Pero conforme el ensayo avanza y se agudizan las enfermedades de sus padres, Pedro genera composiciones más precisas y severas

*que yuxtaponen elementos espaciales, correspondencias e interacciones humanas.*³

Considero que con esta serie, también se hacen evidentes mis sentimientos más íntimos en lo que ha sido este camino. Series como estas me hicieron mirar hacia adentro y me ayudaron a dimensionar lo que significan estas imágenes para la memoria, para la de mi abuela, para la mía, para la de la familia y tal vez para la de algún otro sujeto anónimo. Como dijo Susan Sontag: “Cada foto es inmediatamente póstuma.” Y en este caso particular en el que mi abuela poco a poco pierde con el tiempo los detalles de sus recuerdos, es inevitable no pensar en que en algún momento ya no los recordara. Por eso espero que está sea una forma de mantener su historia viva.

En esa medida pienso que la palabra es una parte importante y definitiva en mi trabajo. Por eso he decidido que junto a las imágenes de la casa de mi abuela haya textos que conecten y espongan ideas, anécdotas y palabras de lo que ha significado este proyecto, todo esto en una pared donde se pierda la secuencialidad, buscando usar la lógica de los espacios de doña Bárbara en la presentación misma de mi trabajo.



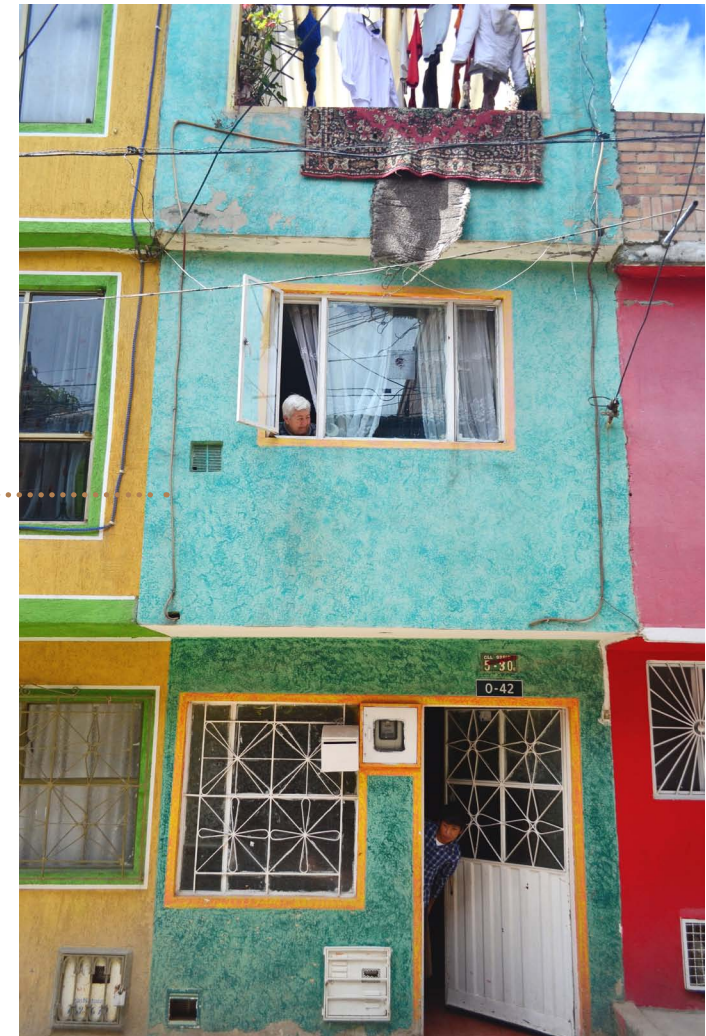
Para terminar con mis principales referentes,

³ GREEN Jonathan, “El arte del relato: Fotografía para Recordar” de Pedro Meyer. Publicado en Verano de 2006. Disponible en: <http://www.pedromeyer.com/galleries/i-photograph/acota.html>

solo me queda hablar de Richard Billingham, un artista norteamericano que se ha dedicado a tomar fotografías de su vida íntima y la de su familia, centrándose en valorar la cotidianidad, frecuentemente con fotografías que se salen de la idea de una imagen “técnicamente” correcta, transgrediendo esa idea con ángulos no convencionales o composiciones extrañas, pero que a larga dan cuenta de lo que sucede diariamente en la particularidad de su familia, anteponiendo la experiencia por encima de la técnica. Su obra me sirvió para arriesgarme a experimentar más con la imagen y a liberarme por momentos del peso de crear fotografías que “demostrarán” que había estudiado durante cinco años artes visuales.



Y bueno, después de tanto ir y venir siento que finalmente logré capturar imágenes que retratan los espacios de mi abuela y la relación que he descubierto tienen estos con su identidad y con su manera de habitar el mundo desde la singularidad de su casa, pensando en el valor intangible y material que ésta tiene para ella y que ahora también tiene para mí. A través de esos objetos y de esos espacios pude viajar en el tiempo, cuestionarme a mí misma, a mis relaciones y a mi manera de actuar como mujer. Desde el inicio de este camino ha pasado casi año y medio en el que he encontrado cosas a las que pensé jamás tendría alcance, y que hoy me hacen comenzar a ver nuevas perspectivas para esto que hasta ahora comienza.



Bibliografía:

THOMAS, Florence; *Conversaciones con Violeta historia de una revolución inacabada*; Ediciones Alfaguara; Bogotá 2008.

MC DOWELL, Linda; *Género, identidad y lugar un estudio de las geografías feministas*; Ediciones Cátedra; 2000.

LORITE Mena, José; *El orden femenino origen de un simulacro cultural*; Anthropos; 1987.

QUANCE, Roberta Ann; *Mujer o árbol mitología y modernidad en el arte y la literatura de nuestro tiempo*; A. Machado Libros; 2000.

RECKITT, Helena Ed; *Arte y feminismo*; Phaidon Press; Barcelona 2005.

ALVAREZ Ana de Miguel; *Lo personal es político*; Instituto de la Mujer; Madrid; 1996.

PEDRAZA Gómez, Zandra; *Políticas y estéticas del cuerpo en América Latina*; Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Antropología-CESO; Bogotá 1996.

FOUCAULT, Michel; *Nacimiento de la biopolítica curso en el College de France (1978-1979)*; Fondo de Cultura Económica, México 2008.

MARSHALL Richard; *Escultura de Louise Bourgeois : la elegancia de la ironía*; México : Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey, 1995.

RUBIO Rodrigo; *Ciudades Urgentes: Intervención urbana en áreas urbanas de crecimiento rápido*; Universidad de los Andes; Bogotá; 2006.

KOCH Roberto; *Photo: BOX*; ABRAMS; New York: 2009.

HEIDEGGER, Martin; Conferencia *Construir, Habitar, Pensar*; pronunciada en 1951 y publicada tres años más tarde.

BACHELARD, Gastón; *La poética del espacio*; Ed. FCE; Madrid 1993.

LIPPARD Lucy; *Modos de hacer: Arte crítico, esfera pública y acción directa*; Ediciones Universidad de Salamanca; Madrid 2001.

CAMPANY David; *Arte Y fotografía*; Phaidon press; Buenos Aires 2005.

WOOLF Virginia; *Una habitación propia*; Editorial Seix Barral S.A; Barcelona 2002.

REAL academia española; *Diccionario de la lengua española (Ed.22)*; ESPASA Libros. S.A; Madrid 2001.

NOVOSSELOFF Alexandra; *Muros entre hombres*; Red Alma Mater Editorial, Bogotá 2011.

CORTAZAR Julio, *Carta a una señorita en París*; en *Bestiario*, México: Alfaguara, 1994.

ANZALDUA, Gloria; *Borderlands/La Frontera. The New Mestiza*; Aunt Lute Books; San Francisco 1999.

SANCHEZ Bernal Mónica; *2012 Las mujeres y la conquista del espacio*; En: *En otras palabras...*, Editorial Grupo Mujer sociedad de la universidad Nacional de Colombia; Bogotá D.C, Enero – Diciembre 2012.

THOMAS Florence; *En otras palabras...*; Editorial Grupo Mujer sociedad de la universidad Nacional de Colombia; Bogotá D.C, Enero – Diciembre 2012.

DE MIGUEL ALVAREZ Ana; *Lo personal es político*; Universidad de la Coruña, Madrid, 1996.

Recursos digitales:

PEDRAZA Gómez Sandra; *El régimen biopolítico en América Latina. Cuerpo y pensamiento social*; (Recurso Digital) Publicado el 1 de noviembre de 2004. Disponible en: <http://www.iai.spk-berlin.de/fileadmin/dokumentenbibliothek/Iberoamericana/15-pedraza.pdf>

SALAS Juan Felipe, *Ibérica de Nubes*; (Recurso Digital) Publicado el 6 de abril de 2012. Disponible en: <http://ibericadenubes.blogspot.com/2013/04/nube-de-alfredo-jaar.html>

JARAMILLO PABLO, *Conectar, reconectar y vivir la frontera*; (Recurso digital) Publicado en septiembre de 2013. Disponible en: <http://letrada.co/n19/articulo/versiones-capitales/72/conectar-reconectar-y-vivir-en-la-frontera>

MARA Luciana; *Borderlands/La Frontera, de Gloria Anzaldúa: la construcción de una nueva conciencia y el relato de la Historia*; (Recurso digital) Disponible en: <http://www.filo.uba.ar/contenidos/secretarias/seube/revistaespacios/PDF/42/42.20.pdf>.

AUGE Marc, *Sobremodernidad: Del mundo de hoy al mundo de mañana*; (Recurso Digital) PG 9. Disponible en: http://soldemayo.es/libros/ApX_Autor_A/Auge,%20Marc%20-%20Sobremodernidad.%20Del%20mundo%20de%20hoy%20al%20mundo%20de%20ma%C3%B1ana.pdf

MANUAC Sandra *Fragmentos de una nueva historia/Zanele Muholi*; (Recurso Digital) Publicado en julio de 2008. Disponible en: <http://masasam.com/?q=es/fragmentos-de-una-nueva-historia-zanele-muholi>

GREEN Jonathan, *El arte del relato: "Fotografía para Recordar" de Pedro Meyer*; (Recurso digital) Publicado en Verano de 2006. Disponible en: <http://www.pedromeyer.com/galleries/i-photograph/acota.html>

LEFEBVRE Henry; *La producción del espacio*; (Recurso digital) Disponible en: <http://crucecontemporaneo.files.wordpress.com/2011/11/1c2ba-47404221-lefevre-henri-la-produccion-del-espacio.pdf>

PEREC Georges; *Especies de espacios*; (Recurso digital) Disponible en: <http://elresidir.org/wp-content/uploads/2011/05/32218481-Perec-Georges-Especies-de-Espacios.pdf>

CALLE María Clara, *La ciudad de las mujeres*; (Recurso digital) Publicado el 18 de marzo de 2006, en la Revista SEMANA/Nación. Disponible en: <http://www.semana.com/nacion/articulo/la-ciudad-mujeres/77911-3>

TOLEDO Ricardo *Resistencia y esperanza, fuerzas que fundan un hogar*: (Recurso Digital), Publicado el 7 de octubre de 2013. Disponible en: <http://cartografiasartecontemporaneo.blogspot.com/2013/10/ricardo-toledo-resistencia-y-esperanza.html>

SANCHEZ Bernal Mónica, *Trazas y trazos de espacios obrados para mujeres el tiempo mudo*; (Recurso Digital), Publicado el 10 de octubre de 2013. Disponible en: <http://cartografiasartecontemporaneo.blogspot.com/2013/10/monica-sanchez-bernal-trazas-y-trazos.html>